

LA HIJA DEL LOTO

PALOMA OROZCO AMORÓS

LA HIJA DEL LOTO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: octubre de 2022

© Paloma Orozco Amorós, 2022
© de la presente edición: Edhasa, 2022
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6405-7

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 14800-2022

Impreso en España

A mi madre, que está en el cielo de los eirei.

A mi padre, gran maestro.

A mi hermana, la guerrera más valiente que conozco.

Y para todos los que creéis que el honor no es sólo una palabra.

Sumario

Mapa de Japón en tiempos de Ieyasu	13
Mapa del Japón feudal	15
<i>Dramatis personae</i>	17

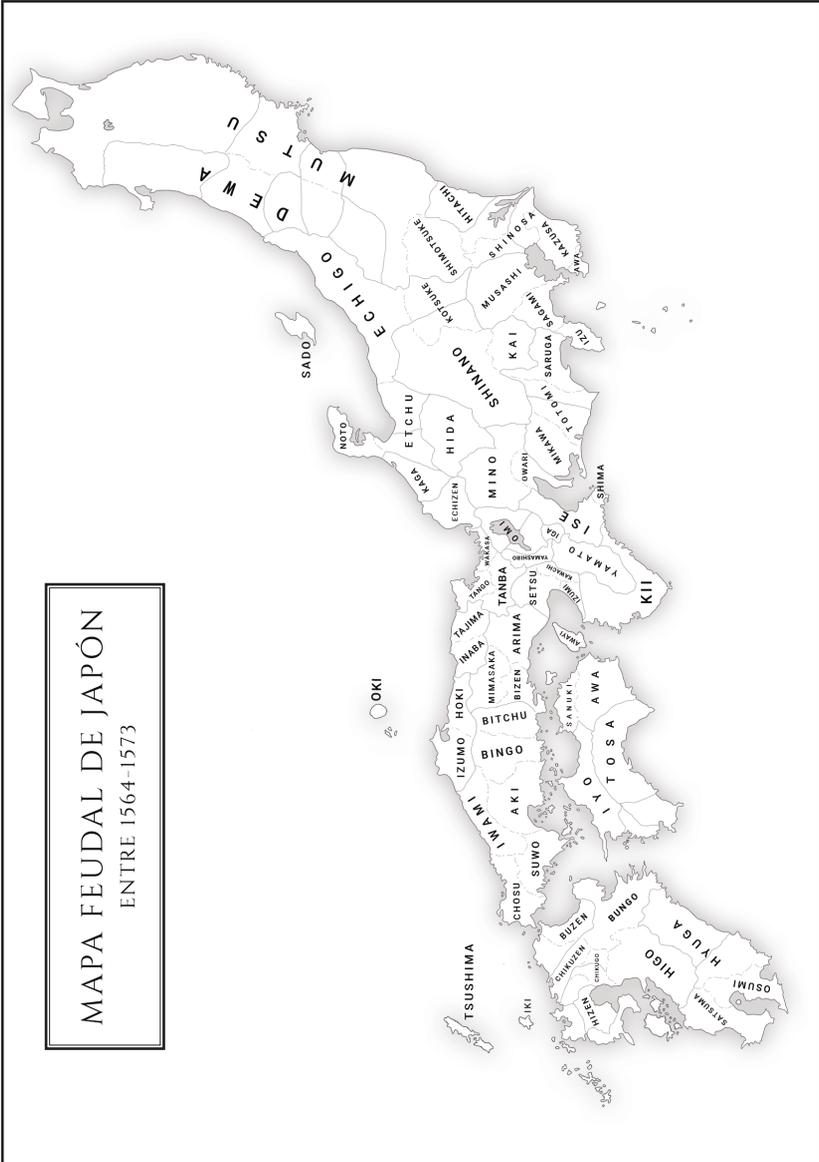
LA HIJA DEL LOTO

Capítulo 1. Archivos de la primavera blanca.	23
Capítulo 2. La espada bajo la almohada	27
Capítulo 3. Anales del clan de la montaña.	34
Capítulo 4. Anales del clan del cerezo	38
Capítulo 5. El bosque de los suicidas.	43
Capítulo 6. La luz en la vela	50
Capítulo 7. El camino del guerrero	54
Capítulo 8. Sombra	59
Capítulo 9. Tiempo de té	62
Capítulo 10. Seijin Shiki	68
Capítulo 11. Tigre agazapado en el umbral	75
Capítulo 12. La viuda del abanico	82
Capítulo 13. Ushi no koku Mairi	90
Capítulo 14. Dos mujeres en el baño.	96
Capítulo 15. Inscrito en una pared en Hagi	100
Capítulo 16. Relato del vigésimo día del noveno mes.	104
Capítulo 17. Fragmento de la batalla en el río Tenryu-gawa	110
Capítulo 18. Archivo de la emboscada en el río Tenryu-gawa	115

Capítulo 19. Anales a través del espejo.	123
Capítulo 20. Mirando <i>kasumi</i>	128
Capítulo 21. Diario de peregrinaje.	133
Capítulo 22. El guardián del puente.	137
Capítulo 23. Memoria del Monte del Infierno	143
Capítulo 24. <i>Hideie no chi daruma</i>	146
Capítulo 25. La muerte aguarda en Mutsu	151
Capítulo 26. En el harén imperial O-Oku	156
Capítulo 27. Hombres ola	161
Capítulo 28. Memoria entre los árboles	164
Capítulo 29. Diario del maestro Kigei	171
Capítulo 30. ¿Cómo se llama?	174
Capítulo 31. Recopilación de la ciudad fantasma	180
Capítulo 32. Archivo extenso de la tierra del <i>yomi</i>	185
Capítulo 33. Crónica de vivos y de muertos	194
Capítulo 34. El espíritu de <i>Kusanagi</i>	198
Capítulo 35. <i>Shaki-shaki</i>	203
Capítulo 36. Presencias pasadas	209
Capítulo 37. La sombra de la montaña	214
Capítulo 38. Las palabras verdaderas	218
Capítulo 39. Movimientos de <i>shôji</i>	223
Capítulo 40. Crónica del mundo efímero	226
Capítulo 41. Relato del decimoquinto día del novenos mes del quinto año de la era Keichô.	234
Capítulo 42. Relato de vencedores y vencidos	239
Capítulo 43. Anales del mundo flotante	243
Capítulo 44. El sueño de las mariposas inmortales	248
Capítulo 45. Memorias del despertar	254
Capítulo 46. Anales de la felicidad	258
Capítulo 47. Suelos de rruiseñor	261
Capítulo 48. Sueños de berenjenas.	266
Capítulo 49. <i>Kodama</i> entre los árboles	269
Capítulo 50. Crónica de los dos cielos	276
Capítulo 51. Memoria de guerreros	282
Capítulo 52. El hilo rojo	287
Capítulo 53. Ver el mundo en una gota de rocío	290

Capítulo 54. La voz de Hidetada	294
Capítulo 55. Agua que fluye entre las llamas	297
Capítulo 56. Revelación en el <i>shibai chaya</i>	302
Capítulo 57. Sombras de doble filo	307
Capítulo 58. <i>Issoku itô</i> : un paso, un corte	312
Capítulo 59. <i>Kabuki</i>	318
Capítulo 60. <i>Tanka</i> misterioso	326
Capítulo 61. <i>Ashai</i>	332
Capítulo 62. <i>Koi</i>	339
Capítulo 63. <i>Kato kami-tobi</i>	345
Capítulo 64. <i>Renga</i>	352
Capítulo 65. <i>Momiji-gari</i>	358
Capítulo 66. <i>Gogai</i>	361
Capítulo 67. <i>Chou</i>	365
Capítulo 68. Marionetas de <i>bunraku</i>	369
Capítulo 69. <i>Jigoku mo sumika</i>	374
Capítulo 70. Cómo decretan los reinos celestiales	379
Capítulo 71. <i>Sokushinbutsu</i>	384
Capítulo 72. El <i>shôgun</i> paciente	389
Capítulo 73. El santuario del velo de nieve	395
Capítulo 74. Luciérnagas de los kami	402
Capítulo 75. Donde el viento es el suspiro de los dioses	406
Capítulo 76. <i>Namazu</i>	414
Capítulo 77. <i>Hasu-ko</i>	417
Capítulo 78. Aprender de la nieve	421
Capítulo 79. La primera lección	428
Capítulo 80. El buda secreto	434
Capítulo 81. Ser loto	440
Capítulo 82. <i>Yume</i>	446
Capítulo 83. El estanque de las rosas de nieve.	449
Capítulo 84. <i>Dokuganryû</i>	453
Capítulo 85. <i>Maru</i>	457
Glosario	461
Breve nota histórica	473

MAPA FEUDAL DE JAPÓN
ENTRE 1564-1573



Dramatis personae

Ren: la hija del loto. En el clan del cerezo es conocida como Tomoe, y en el clan de la montaña, como Mitsuki.

CLAN DEL CEREZO

Sakura Tomokyo: samurái líder del clan.

Shioda: samurái hijo de Sakura.

Kataribe: adivino y narrador de historias.

Minosuke: segunda esposa difunta de Sakura.

Kigei Arima: samurái maestro de artes marciales.

Kurai: la «sombra» de Ren. Pasará a llamarse Haruki.

CLAN DE LA MONTAÑA

Kumagai Yoshikyo: samurái líder del clan.

Yuuki Kitsune: samurái, conocida como el zorro blanco del este, hermana de Otohime y cuñada de Kumagai.

Otohime: esposa difunta de Kumagai.

Inutaisho: conocido como el perro guardián del viento, sirvo de confianza de Kumagai al servicio del clan de la montaña.

Yama-uba: bruja que habita en Aokigahara, el bosque de los suicidas.

DIARIO DE PEREGRINAJE

Kiyoshi: monje errante.

Takemura: discípulo de Kiyoshi, apodado Saru («pequeño mono»).

KUNOICHIS

Mochizuki Chiyome: viuda Chiyome, líder de los *kunoichis*.

Ayumi: *kunoichi* al servicio de la viuda Chiyome.

Hana: cortesana del harén imperial al servicio de la viuda Chiyome.

PALACIO IMPERIAL

Go-Yôzei Tennô: Katahito, emperador de Japón.

Isoda Jiher: tatuador.

CLAN TOKUGAWA

Tokugawa Ieyasu: samurái, señor de la guerra, miembro del Consejo de los cinco regentes que lidera Toyotomi Hideyoshi y posterior *shôgun*.

Tokugawa Hidetada: samurái, hijo de Ieyasu.

Nobu: samurái general de Tokugawa Hidetada.

BARRIO DEL PLACER DE EDO

Asahi: cortesana en el barrio del placer de la ciudad de Edo.

Aiko: aprendiz de *oiran*.

OTROS PERSONAJES

Ryutaro: hijo de Ren.

Hasu-ko: esposa de Kiyoshi.

O-Nami: monje *yamabushi*.

«Cuenta una leyenda que una hermosa Diosa nipona cayó en tristeza por amor, de sus lágrimas brotaron islas que conformaron el archipiélago del sol naciente. Siglos más tarde, surgirían guardianes para proteger sus costas y territorios. Esos guardianes, durante siglos, fueron los samuráis».

LA HIJA DEL LOTO

Capítulo 1

Archivos de la primavera blanca

El señor de Sakura cabalga solo.

De vez en cuando, leves flores de cerezo rozan su ligera armadura, como mariposas.

En esa primavera blanca, la tierra que remueve el caballo bajo sus patas parece de nieve.

Sakura Tomokyo tiene siempre un gesto de amargura en su rostro fiero y anguloso. Los ojos, esos que han visto ya demasiadas veces la muerte en la mirada de sus enemigos, le arden como ascuas. Lleva recogido el cabello en el moño tradicional de los samuráis. Su plateada armadura la habita un cuerpo que ya no es joven, aunque tampoco viejo.

El señor de Sakura está lejos de su feudo. Salió hace ya un mes de su casa, en la provincia de Choshû, junto al mar. Hoy por fin regresa, después de haber acabado sus gestiones en la capital.

Atrás queda Heian-kyo, la ciudad de la luna; atrás su vasta planicie rodeada de púrpuras montañas poco elevadas y caminos que se extienden a lo largo del río Kamo, que divide la ciudad en dos.

Sakura cabalga y se aleja del castillo imperial, de los patos y las garzas que toman el sol en la ribera del río, de los puentes y de los tejados rojos. Tiene prisa por llegar a su feudo, no puede quedarse a festejar el festival de *hanami*, la fies-

ta donde se celebra que las flores de cerezo por fin han brotado y penden de los árboles.

Esa tarde, precisamente, comienza. Por la noche, a la orilla del río, los *kami* de los árboles querrán ofrendas de arroz y sake.

En las afueras de la ciudad, se detiene un momento, absorto en la contemplación del bosque de cerezos que se extiende ante él. El sol ya declina, pero aún sostiene en todas las cosas la dorada luz del atardecer.

Sakura Tomokyo posa con delicadeza la mano en la empuñadura de su espada. Allí vive siempre la imagen de la flor de cerezo, el emblema del clan. De pronto, se estremece y siente su mano en el cinto, porque allí, delante de él, en medio del campo alfombrado de flores de cerezo, ve una niña. Es tan pequeña que no sabe andar y está sentada dentro de un círculo de flores blancas.

El señor de Sakura baja del caballo y avanza con paso firme hacia ella. Mira a todos lados, pero no ve a nadie. La observa detenidamente, sin atreverse a hacer nada todavía.

La pequeña viste un kimono con el emblema de la casa de la montaña. Gatea hasta él. Quiere tocar la brillante espada que tiene colgada de su cinto.

El hombre sonrío y toma a la niña en brazos y la eleva hacia el cielo.

—Pequeña, desde ahora serás Tomoe y pertenecerás al clan Sakura.

Luego detiene su mirada, durante unos instantes, en los árboles repletos de pétalos blancos. El camino del guerrero enseña que todo samurái debe ser como la flor del cerezo: aceptar la precariedad de la existencia, desvanecerse rápidamente y luego dispersarse en el viento. Ésa es la muerte perfecta para el verdadero guerrero.

Sakura Tomokyo mira después a la pequeña, que se revuelve en sus brazos.

–Hoy es un nuevo comienzo –susurra.

El viento acaricia las flores de cerezo mientras el señor de Sakura carga a la niña sobre su montura y se alejan del campo de cerezos.

Ella se agarra fuerte a la ligera armadura y siente el frío de las escamas de metal sobre su piel. Ve alejarse el campo blanco, lejos, cada vez más lejos. Ignora aún que su nuevo nombre, Tomoe, significa «bendición».

Mira al cielo. El sol ya no está. Las estrellas comienzan a salir. Ella es aún demasiado pequeña para comprender el misterio de las estrellas, pero le gustan las luces brillantes en el cielo. El caballo galopa veloz, y se agarra aún más fuerte al forastero.

La gente, al otro lado del valle, comienza la celebración del *hanami*. Avanzan hacia la explanada llena de flores muertas mientras la oscuridad empieza a iluminarlo todo.

Se encienden linternas de papel.

Pronto el río Kamo se alumbra con cientos de farolillos que flotan en sus aguas, como si fueran patos.

La brisa sigue soplando, acariciando los árboles en silencio.

El señor de Kumagai busca a su hija por todos lados.

Los sirvientes del clan de la montaña recorren la ribera del río, las animadas calles, los caminos entre las hileras de las casas. Algunos llegan hasta las afueras de la ciudad. Gritan un nombre, pero ese nombre no es Tomoe, sino Mitsuki.

La niña no aparece.

Inutaisho, siervo del clan, vuelve con las manos vacías.

–No está. Ha desaparecido, señor –dice muy lento, porque las palabras se le mueren en los labios.

El señor de Kumagai no dice nada. Tensa la mandíbula y sigue con su mirada oscura el baile de los árboles. La ligera brisa, con dedos hábiles, deshoja los cerezos como si fueran pétalos de flores.

«Mitsuki se ha perdido», repite para sí, aunque sospecha que alguien se la ha llevado para cumplir un extraño designio.

—Regresemos —ordena.

Esa noche también muere una estrella, y la hija del señor de Kumagai nace de nuevo en otra casa y con otro nombre.

El señor de Sakura cree en las señales que envían los dioses, y sin duda ésta es una de ellas. Si no, ¿qué hacía la pequeña sola, lejos de la ciudad y en medio de un círculo de flores blancas? Recuerda la antigua profecía: «El destino de la casa Sakura está inscrito en un círculo perfecto».

Sakura sabe que esa niña, ahora su hija Tomoe, se convertirá en el mejor samurái de la tierra del sol naciente.

Capítulo 2

La espada bajo la almohada

Sakura Tomokyo está agotado.

Ha pasado un día entero viajando.

Antes podía recorrer muchas millas sin apenas acusar el cansancio, pero siente que no tiene la misma energía de hace unos años. Y Heian-kyo está bastante alejado de su feudo, en Choshû.

Aspira el aire que llega del mar. Le gusta ese olor, que presagia la inminente llegada a la casa del clan del cerezo.

Después, escucha el bramido de las olas estrellándose contra las rocas. Ha añorado mucho el rugido del mar, el lenguaje de los muertos.

Un siervo lo espera.

Cuando ve a la niña en brazos de su señor, inclina la cabeza hacia delante, baja la mirada, tensa mucho la espalda y ofrece ambos brazos para que el samurái le entregue a la pequeña. Pero, en vez de eso, Sakura ordena:

—Ve a por la espada y llévala a la estancia más al este, la que da al mar. Luego ya sabes lo que tienes que hacer: ponla bajo la almohada.

Por un momento, el siervo mira con ojos brillantes a su señor, y corre a buscar la espada corta *wakisashi*. Luego se dirige a la estancia desde donde se pueden apreciar las olas lejanas rompiendo en el horizonte y la coloca en la cama, bajo la almohada de madera de ciprés *hinoki*.

Un samurái siempre duerme con su espada.

Mientras la niña sueña, la tarde declina, y el señor de Sakura se sienta en el jardín recordando a su mujer muerta. Observa con calma las flores que ella plantó y siente cómo su corazón se desborda como las olas en el mar.

Luego llama al *kataribe* y le ordena que se lo narre de nuevo.

Es un hombre anciano, de mirada acuosa, que camina apoyado en un bastón. Puede adivinar el futuro, pero no puede cambiar el pasado.

Aun así, domina el poder mágico de las palabras. Su voz es ronca y tiene el poder de llevar lejos, muy lejos...

Ella era hermosa, tan hermosa como las garzas blancas que emigran al sur durante el invierno, tan hermosa como las carpas rojas del estanque dorado.

Ella era esposa y guerrera.

Su cabello era de noche y su cutis, de fina arcilla.

Se movía dentro del kimono como si su alma la habitaran mil mariposas.

Ella amaba a mi señor, y el niño que llevaba en su vientre también.

Aquel fatídico día se perdió en el mar de árboles.

Las ramas la atraparon, el dosel verde la cubrió.

Hombres a caballo la cercaron.

No pudo defenderse, su vientre fue atravesado por la espada.

El bosque quedó en silencio.

Ya no existió más la risa de Minosuke, mi señora, y ella y su pequeño nonato se convirtieron en fantasmas.

El señor de Sakura alza la mano, y el anciano calla.

En mil batallas ha curtido su corazón, pero aquella herida es tan profunda que nunca podrá sanar.

–Retírate.

–¿Desea el poderoso señor de la casa del cerezo que descorra el velo de su destino? –pregunta el *kataribe* con la cabeza inclinada en señal de respeto.

–Anciano, mi destino, como el de cualquier guerrero, está ya escrito en el viento de la batalla.

–Mi honorable amo –responde el *kataribe*–, es una sabia decisión no desear conocer el instante en el que seremos llamados a presencia de los dioses. Sería una terrible maldición que conociéramos la hora y el día de nuestra muerte. Es anacrónico, gran señor, pero ningún adivino conoce la fecha exacta de su muerte...

Una furtiva tos interrumpe al anciano. Sus manos tiemblan buscando un pañuelo en el bolsillo de su deslucido kimono.

–Calla ya, viejo –espeta de pronto el samurái con voz tan cortante como el filo de una espada–. No soporto tu tos y sobrellevo mal tu burda presencia.

Sakura mira al cielo. A lo lejos, emergiendo de la marea de nubes, la serena sombra de un pájaro en vuelo.

No recuerda cuántos años ha existido aquel viejo en el clan del cerezo. Ni siquiera recuerda su nombre, pero aquel viejo ya era viejo cuando Sakura Tomokyo era niño y entretenía con los generales de su padre para ser samurái.

–No sé qué haces aún aquí –exclama furioso.

El hombre se guarda el pañuelo.

–Ya me voy, gran señor, sólo esperaba por si querías que encendiera una vara de incienso por el alma de mi señora Minosuke. Me han traído *hangon-ko* del templo de las montañas.

–*Hangon-ko* –repite Sakura como una plegaria–. El incienso evocador de espíritus.

–Puedo encenderlo y convocar en su humo sagrado a mi señora, si así lo deseáis.

–Deja a los muertos donde están –exclama el samurái, molesto–. No deseo traer a mi dulce Minosuke al aromático

fuego azul de tu incienso de espíritus, viejo, y desaparece ya de mi vista si no quieres que mande apalearse esa espalda tuya tan encorvada como un junco en invierno.

El *kataribe* se aleja cojeando, y el señor de Sakura permanece un instante contemplando el jardín que se despreziza del invierno: los helechos y los musgos salpicados de azaleas, camelias, glicinias y lirios; los cerezos en flor, los pinos y narcisos enanos; los pálidos budas de piedra.

Todo el jardín respira primavera y, en los contornos de las piedras, que se difuminan y se confunden en el crepúsculo, ve el adorado rostro de su amada. Todo tiene la serena belleza de las cosas fugaces que son adquiridas para siempre.

«Efímera es la vida en esta tierra», piensa el samurái, y luego se dice: «Todo lo hermoso se extingue con el tiempo. Inexorables se suceden las primaveras y el dócil letargo de los inviernos. Brotarán nuevas plantas de nuevas semillas, verán la luz nuevas ramas y hojas en los árboles, pero tú ya no renacerás, mi amor, mi dulce Minosuke».

Y luego masculla con un hilo de voz, como si temiera ser oído:

—He traído a la niña. Sé que no lo entenderás, amada esposa, pero he hecho lo que debía hacer.

Sakura camina despacio, con cuidado de que sus pasos no hagan ruido ni perturben la paz del sinuoso y plácido jardín, mientras se dirige al promontorio desde el que se domina el mar.

Allí, bajo la protección del nutrido arce de hojas palmeadas, está su banco de madera. Allí, aunque de forma inevitable la primavera se abre paso, recuerda aquel antiguo poema de Kakinomoto no Hitomaro que habla de un arce en otoño:

En la montaña de otoño,
cómo está tan frondoso el arce,

has desaparecido.
¡Amor mío, voy a buscarte,
pero no conozco la senda!

Cae más la noche. Extiende su manto sobre el mundo.

Quizás a esa hora un barco se haya perdido en el lejano, muy lejano mar, o un enamorado se haya por fin declarado a su amada.

Los colores han desaparecido.

Todos los árboles han sido vencidos por la oscuridad, y sus siluetas, que se alzan como sombras de espíritus en la noche, lo llevan más deprisa hacia la memoria de Minosuke.

El pasado se ha hecho viento.

El mar se ilumina por la luz de la luna.

Desde allí, el agua despliega majestuosa olas que danzan en la orilla.

El paisaje está tranquilo, pero una tormenta se abate, como siempre, en su corazón.

Las estrellas comienzan a encenderse en el cielo como luciérnagas estáticas.

Sakura Tomokyo recuerda entonces cuando miraba el mismo cielo y la misma luna con Minosuke, cuando reían en noches como aquélla diseñando nuevas rutas para los mismos astros y planetas que ahora pueblan el firmamento.

La paz se rompe.

El samurái grita en el aire el nombre de un siervo.

Éste acude a la carrera y se postra a sus pies.

Todos los siervos de Sakura saben que no es bueno hacer esperar a su señor. Tiene un carácter rudo e impredecible y saca a bailar su espada a la mínima oportunidad.

—¿Qué hacías, perezoso, que has tardado tanto en acudir a mi llamada?

—Estaba encendiendo las lámparas de piedra del jardín, gran señor —contesta el siervo sin levantar la cabeza.

–Deja eso ahora y ve a buscar al maestro Kigei –le ordena.

El siervo se aleja deprisa por el camino tenuemente iluminado por las lámparas de papel.

Hace mucho tiempo, Kigei Arima fue un samurái reconocido, el maestro de la escuela de artes marciales de Ban-shu. Nunca perdió un duelo. Ahora reside en la casa de la flor de cerezo, y su destino es preparar a Shioda, el hijo del señor de Sakura, como samurái.

Kigei siempre viste de negro con el *hakama* y el *keikogi* tradicional. Tiene el rostro de rata astuta y en su mirada hay algo opaco y turbulento, algo que sólo tienen los guerreros invictos en muchas batallas. A mitad de su rapada cabeza le nace una coleta trenzada con cinta de seda roja. A ambos lados de la sien, se extienden unas patillas infinitas que intentan llegar a la comisura de los finos y apretados labios.

Kigei hace una *ojigi* tensando mucho la espalda y bajando la mirada. Inclina la cabeza hacia delante, mantiene los brazos pegados al cuerpo y las palmas de las manos mirando hacia dentro. En esa posición espera a que el señor de Sakura le hable.

–Mañana tendrás una nueva alumna –le anuncia Sakura.

El maestro no eleva la mirada, pero frunce el ceño y sus finas cejas parecen juntarse:

–Shioda es aún un niño, pero me da bastante trabajo. No puedo ocuparme también de una mujer.

El señor de Sakura eleva la voz por encima de las olas del mar lejano:

–Infecto gusano, no vuelvas a replicarme. Harás lo que yo te diga.

Kigei continúa con la mirada baja. Sabe que no es bueno enfadar al señor. Luego sus ojos se dirigen a su mano derecha: sólo cuatro dedos. Entonces recuerda cómo Sakura, en un momento de ira, le arrancó el dedo que le falta.

–Kigei –dice el señor con voz áspera–, tu alumna no es una mujer. No todavía. Es una niña. –Luego añade–: Por cierto, creo que tendrás que esforzarte más de la cuenta: es zurda.

Kigei Arima se muestra desconcertado.

–¿Zurda? Con todos mis respetos, mi señor sabe que un samurái no puede ser zurdo. Eso es un gran deshonor. Jamás entrenaré a una mujer y menos si no sabe manejarse con la mano derecha.

El señor de Sakura saca la espada y con una hábil maniobra coloca el filo en la garganta del maestro.

–¡Bastardo putrefacto! Si me dices otra vez que no lo harás, será lo último que digas en este mundo. Tú te llamas maestro y sólo tienes nueve dedos. Y poco te falta para que te quedes sin mano en este mismo momento. Que los dioses te maldigan una y mil veces, a ti y al pobre arte ese que tú llamas lucha.

Kigei se muerde el labio inferior, pero no dice nada. Lejos han quedado los tiempos en que movía su *bô* y mataba a los hombres por cientos con un golpe mortal del bastón. Kigei Arima odia a Sakura, pero éste le mantiene la tripa caliente y el bolsillo lleno, por eso no se va. Un samurái con cuatro dedos en su mano derecha ya no sirve. Así que, cuando su señor le retira la espada de la garganta, se inclina manteniendo sus manos junto al costado, muy erguido, para mostrar humildad frente a Sakura Tomokyo, el poderoso señor del clan del cerezo.

Capítulo 3

Anales del clan de la montaña

Lejos de allí, en la provincia de Kai, el señor de Kumagai llora la desaparición de su hija.

Sus lágrimas son invisibles, porque un samurái no llora.

Kumagai Yoshikyo muestra el rostro sombrío. Se recoge la abundante cabellera negra en una coleta que le acaricia los hombros. Sus facciones son marcadas, y las arrugas le atraviesan el semblante como un río tranquilo. Las cejas pobladas dibujan un arco amenazador. Ha entrado ya en la incierta edad de la madurez.

Su fiel criado Inutaisho está con él. Lo acompaña en silencio esa tarde en la que el sol muere. Inutaisho tiene el rostro amable y la estatura pequeña, aunque su cuerpo parece albergar una gran fuerza. Lleva toda la vida al servicio del clan de la montaña. Es la sombra del señor de Kumagai; el perro guardián del viento.

La casa está a orillas del lago Shoji, a los pies de la montaña sagrada Fuji-San, coronada de nieve.

Al señor de Kumagai le gusta la visión de la montaña. Muchas veces la pinta en papel de arroz.

Desde su casa ve la línea del bosque Aokigahara, en la base del Fuji, el lugar donde se une el mundo terrenal con el de los dioses.

En los estandartes de Kumagai se dibuja una montaña, porque ése es el emblema del clan y así apodan al señor : «la Montaña».

Como el sagrado Fuji-San, una montaña no se mueve, una montaña permanece.

El señor de Kumagai puede estar sentado impassible sobre los talones durante horas. Pasa mucho tiempo así, meditando y contemplando la cumbre nevada donde habitan los dioses: Segen-Sama, la más venerada; Kunitokotachi, el señor de la Tierra Eterna.

Ahora tiene las manos cruzadas sobre su *hakama*. El largo pantalón marca los siete pliegues que representan las siete virtudes del código de honor Budo para un samurái: coraje, benevolencia, justicia, cortesía, sabiduría, lealtad y honor.

Pero, hoy, el señor de Kumagai, el del rostro fiero, la Montaña, piensa en la venganza. Ha jurado por la sagrada memoria de sus antepasados matar a quien se llevó a su hija.

Yuuki Kitsune se acerca en silencio arrastrando el *kosode* de seda con dibujos de pájaros dorados. El cabello negro y largo lo lleva recogido en un moño. No luce en él ningún ornamento, la sencillez y la elegancia prima. Es hermosa, con una belleza que irradia desde dentro a su rostro perfecto, suave.

Su corazón también está triste.

—¿Alguna noticia? —pregunta.

El señor de Kumagai mueve de un lado a otro la cabeza:

—No.

—¿Han regresado ya todos los hombres?

—Sí.

La Montaña mira al horizonte.

Yuuki Kitsune también es samurái. Su nombre significa «coraje», pero sus enemigos la conocen como «el zorro blanco del este», pues se dice que, cuando era niña, se perdió en la montaña y la encontraron en la guarida de un zorro blanco.

Ella es experta en el arte de la lanza *naginata*, el arma de los *yamabushi*, los monjes guerreros, los místicos de las

montañas. Siempre la lleva consigo, porque es parte de su espíritu.

A su maestro lo apodaban «el cortador de flechas». Él le enseñó a manejar la *naginata* de tal manera que fuera una prolongación de su brazo. Y pronto Yuuki aprendió a cortar una flecha disparada al aire con su lanza.

–Está visto que tus hombres son todos unos inútiles. Saldré yo a buscar a mi sobrina –dice resuelta.

Cuando habla así, al señor de Kumagai le parece estar viendo a su esposa Otohime.

Yuuki y Otohime no se semejaban, pero, a veces, Kumagai percibe un destello familiar en la mirada y en la voz de Yuuki que le hace recordar a su esposa muerta.

Yuuki hace un leve gesto con la mano a Inutaisho, que ha seguido toda la conversación en silencio.

–Ven conmigo –ordena al siervo–. Saldremos de inmediato. Cabalgaremos por toda la región hasta encontrarla. Pediremos ayuda a los clanes vecinos y daremos recompensas a los campesinos, si es preciso...

El señor de Kumagai posa sus ojos en los de la mujer y dice con rostro sombrío:

–El destino no se cambia, Yuuki. Debe haber una razón para que mi hija ya no esté aquí. No se puede ir contra el destino –sentencia.

Ella golpea el suelo con el bastón de hoja curva en el extremo, y un mechón rebelde de cabello se escapa del moño.

–Perdiste a mi hermana Otohime y ahora pierdes a tu hija, a tu única hija. Si el destino ha querido que la niña se fuera, yo iré contra el destino –exclama–. Tú eres la Montaña y nunca pierdes tu posición, pero yo soy el Zorro, y me meteré en todas las infectas madrigueras de los hombres hasta que dé con ella. Recorreré la tierra de los vivos y de los muertos, y te aseguro que la traeré de vuelta.

Yuuki e Inuthaiso dejan solo al señor de Kumagai, en silencio, como una montaña. Pero, aun después de buscar en muchas madrigueras, el zorro blanco del este y el perro guardián del viento no consiguen encontrar a la niña.